

Microtextualidades

Revista Internacional de microrrelato y minificación



Microtextualidades
Revista Internacional de
microrrelato y minificación

Ruido

Directora
Ana Calvo Revilla

Editor adjunto
Ángel Arias Urrutia

ALBERTO GORDO MORAL
albertogordomoral@gmail.com

TERCER PREMIO EN LA CATEGORÍA DE MICRORRELATO EN
EL CONCURSO “MICRORRELATO Y CUENTÍSTICA DEL
CONFINAMIENTO EN CASA”, ORGANIZADO POR LA
FUNDACIÓN ÁNGEL HERERRA ORIA Y EL PROYECTO DE
INVESTIGACIÓN MiRED

Número 8 pp. 106-107
ISSN: 2530-8297



Este material se publica bajo
licencia Creative Commons:
Reconocimiento-No Comercial-Sin
Derivadas
Licencia Internacional
CC-BY-NC-ND

Ruido

Informo de que nunca los he visto, por si en algún lugar estuviese escrito que a los vecinos hay que verlos. Tampoco los había sentido hasta ahora, eran para mí como fantasmas. Creía estar sola en el edificio. Que los demás, a lo mejor, tenían horarios disparatados. Que se levantaban pronto y trabajaban hasta tarde. Que llegaban tan agotados que se iban directamente a dormir. Pero me equivocaba. Ahora todos se quejan de soledad, pero yo por mi parte he descubierto que estoy rodeada. Me levanto a las ocho y las cañerías me avisan de que la vecina está con su aseo diario (¿es que antes no se duchaba?). A las nueve, la de arriba pone la misa. Por supuesto, no se sabe los rezos. A las diez, los niños del cuarto derecha empiezan a jugar. Los padres (¿los de los horarios disparatados?) no saben cómo dominarlos. Les oigo suspirar. También gritan. A las once llama Pedro: me echa de menos. A las doce, videollamada con mi abuela: la intento calmar. No pongas la tele, le digo. A la una salgo a la terraza, orientación oeste: comienza a dar el sol. Cierro los ojos, me relajo. Un estallido, me sobresalto. Un botellín de cerveza, mientras caía al vacío, ha chocado contra la barandilla, rompiéndose en mil pedazos. Ni rastro de los cristales. Tiemblo. Son las dos. Han cambiado la hora pero aquí siguen siendo las dos. Pongo aceite a calentar, enciendo el robot-aspirador con el fin de optimizar tareas, llamo a mi madre. ¿Cómo hacíamos en casa el ajo arriero? Oigo a mi padre de fondo: el perro ha roto la correa, se ha escapado. Una vecina se queja, lo tiene ladrando en su puerta. Cuelgo. Un megáfono: es el ejército. Aguzo el oído. Dónde está el robot, lo quiero apagar. Enciendo la tele. Sigue el recuento. El aceite se ha quemado. Vuelvo a empezar. Me siento en el sofá, sigue el recuento, dónde está el mando, el robot-aspiradora es el rey, se ha apoderado del espacio. Estoy en el sofá, encogida, abrazándome las rodillas. Sigue el recuento. Huele a quemado. A ajo quemado. Me levanto, piso el robot, me muerde, aparto la sartén. Echo más aceite, casi dos dedos, devuelvo la sartén a donde estaba. Voy a la habitación, bajo la persiana. Es de noche, aquí es de noche. Sigue el recuento. Pienso en Pedro, pero soy incapaz de imaginármelo dormido (un truco que antes, cuando estaba sola, me funcionaba siempre). Lo veo conectado, en pantalla, en línea. No para de hablar, no se calla. Aprieto los ojos, medito, me siento. No cabemos. Me duele el pecho. Los vecinos discuten, los niños lloran, la de arriba reza como en una lengua extranjera. El robot reina, sigue el recuento. Me levanto, cierro la puerta. Agarro los cascos. Son especiales, me dijeron. Especiales para obreros. Amarillos, rígidos, casi violentos. Me los pongo, me oprimen las orejas, me duele el pecho. Aguanto dos minutos. El dolor remite. Salgo de la habitación. Salgo a la terraza. Me relajo al fin. Empieza a llover. Me giro. La casa está ardiendo.